
Discurso leído por don DOMINGO SANTAMARIA al incorporarse en la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile, en la sesión del 19 de abril de 1856.

Señores :

En la vida de las naciones hai ciertas épocas en que se rejuvenecen i cobran un vigor extraordinario para marchar por la senda del progreso i de la civilizacion. Durante ellas una fuerza ántes desconocida impulsa las intelijencias a la elaboracion de esas ideas, que traen consigo los grandes adelantamientos i enjendran los grandes proyectos. Una actividad desacostumbrada circula por la sociedad dando oríjen a trabajos e instituciones que dejan un recuerdo duradero, una memoria grata, i cuya influencia se hace sentir hasta mui largo tiempo despues que han desaparecido. Cuando esas épocas han pasado, las naciones las recuerdan con la misma satisfaccion con que los individuos hacen reminiscencia de los años de una juventud feliz, i piden encarecidamente al cielo su pronta vuelta.

Tal ha sido para Chile el periodo de tiempo transcurrido desde 1841 hasta 1846. Ese quinquenio pacífico sucedió a otros de revueltas intestinas, de opresion de parte de los gobernantes, de anarquía de parte de los gobernados, de malestar jeneral. Los antiguos bandos políticos, que se habian hecho cruda guerra durante años, depusieron sus odios i se retiraron del campo de lucha con semblante amigo. Todas las altas capacidades tuvieron mas o ménos la intervencion que les correspondia en la direccion de los negocios públicos; i los hombres de una reputación reconocida, a quienes la zaña de las facciones

habia perseguido, dejaron de representar en su patria el papel de párias políticos. Los jóvenes de inteligencia obtuvieron la consideracion que era debida a su mérito. Todos sintieron un aumento de enerjia en el corazón i procuraron ensanchar el círculo de sus conocimientos i de sus aspiraciones lejitimas. Una mayor consagracion al estudio i una mayor circulacion de ideas fueron la consecuencia de este estado próspero de cosas.

En Santiago, donde hasta entónces habian solo existido periódicos de circunstancias i de lucha electoral, se establecieron diarios que reflejaban e impulsaban el movimiento político i comercial; se crearon revistas literarias que encendieron la aficion a las letras i se publicaron obras que han elevado la reputacion de muchos ingenios nacionales. Al *Semanario*, interesante publicacion, en la cual desplegaron sus talentos la mayor parte de los individuos que fueron nombrados miembros fundadores de la Facultad Universitaria, a que tengo el honor de venir a incorporar en este momento, se siguió el *Crepusculo*, publicacion no ménos importante, donde una falanje de escritores mas jóvenes, pero que con el tiempo habian de ser no ménos notables, hicieron sus primeras armas con gloria en la arena literaria. En ese periodo el sabio Rector de la Universidad daba a luz algunos de los libros del proyecto de Código Civil, que hará época en la vida de nuestra República; esa gramática de la hermosa lengua de Castilla, que con aplauso de la América i de la España le ha valido un asiento en la Academia española, i algunas de esas composiciones poéticas que le han conquistado uno de los primeros lugares entre los poetas hispano-americanos.

Don Salvador Sanfuentes insertaba en el *Semanario* esa magnífica leyenda titulada el *Campanario*, que hasta el dia ha quedado como la pintura mas viva i acabada de nuestra existencia colonial; i el fecundo i elocuente Lastarria componia, a un corto intervalo, su discurso a los miembros de la Sociedad literaria de Santiago i sus "Investigaciones sobre la influencia de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile." A estos trabajos literarios se agregaron otros teolójicos, económicos i jurídicos que revelaron que la ciencia tenia en Chile apasionados adoradores.

En estas circunstancias, i a impulsos del movimiento que hacia que la sociedad i el Gobierno prestaran al cultivo de la inteligencia mayor atencion de la que ántes le habian concedido, se pensó en dar solemnidad i prestigio a la distribucion de premios que anualmente se hacia a los alumnos mas aventajados del Instituto Nacional. Hasta entónces esta habia sido una simple fiesta doméstica, celebrada sin aparato i sin otra consecuencia que la fria noticia que de ella trasmitia al público el periódico oficial. Pero, como ya he dicho, la pasion a las ciencias habia dado a las ideas una direccion distinta. En abril de 1845 la distribucion de premios fué un acontecimiento ruidoso para la juventud, solemnizado con pompa i lucimiento inusitado. El Presidente de la República i sus ministros, el cuerpo universitario i todos los individuos conspícuos por su ciencia, se apresuraron a concurrir a un acto que pocos años habia se miraba con desdeñosa indiferencia. Habíase elegido para que dirijiera la palabra a los alumnos en ocasion tan solemne, a un joven que comenzaba a conquistarse una gran reputacion, i en cuyos escritos se trazaba una inteligencia viva i perspicaz, un corazón ardiente i apasionado. Era este don Antonio Garcia Reyes, profesor de literatura, cuyo talento se hallaba reconocido no solo en el recinto de su clase, sino tambien en el foro, donde principiaba a descollar por el brillo de sus defensas, i en la Cámara de Diputados, donde habia sabido granjearse las simpatias de la opinion a causa de la independencia de su carácter.

Llamóme mucho la atencion el argumento del discurso que entónces pronunció; i permitidme; señores, que os presente un rápido resumen de ese discurso, por tener a mi juicio una íntima relacion con la naturaleza de aquella clase de talento que mas hizo brillar a mi ilustre i malogrado antecesor.

En la época a que estoi refiriéndome, la poesia era el objeto favorito de todos los jóvenes

que se dedicaban a las letras. Las composiciones métricas estaban de moda: todos se daban por devotos de las musas; todos invocaban sus favores, i todos se empeñaban por ser poetas. García Reyes en su discurso principió por hacer constar el hecho que es recordado: “ha prendido, dijo, en la juventud, i prendido con la voracidad de un incendio una afición extraordinaria a los ejercicios de poesía. Mui lejos estoi de condenar, ¿qué digo? de estimar en ménos ese aroma de la intelijencia; ese sutil i delicado perfume que embriaga nuestras almas con inocentes placeres. No; miro la poesía como hija de una sensibilidad esquisita, como el producto de facultades finas i privilegiadas que tienen la virtud de hermosear i dignificar hasta la virtud misma. Jamas puede ser objeto de censura el cultivo de un arte que ha hecho las delicias de muchos ingenios i honrado a naciones bajo muchos respectos gloriosos.” En seguida, García Reyes manifestó su estrañeza de que entre tanto jóvenes como se dedicaban al cultivo de las letras, no hubiera ninguno que hiciese de la oratoria el fin de sus estudios, i exhortó a sus oyentes a que cultivaran esa palabra hablada, que tanta influencia ejerce sobre el destino de los hombres i de las sociedades. Para que sus consejos hicieran impresion en el ánimo de los que le escuchaban, se complació en pintar con vivos colores la importancia del orador. “I donde colocais, dijo, a un orador que no le hagais el héroe de la escena, el centro de las simpatías, el árbitro de las opiniones? Recorred los teatros en que la intelijencia se ejercita, desde la deliberacion familiar del gabinete hasta el debate acalorado de las Cámaras lejislativas; desde la alegría del festin hasta la gravedad circunspecta de las Cortes de justicia; la elocuencia es en todas partes el primer resorte, la mas poderosa palanca, el arma mas segura para obtener el triunfo. Rival de la poesía, donde quiera que el sentimiento tenga cabida, en los sucesos prósperos o adversos del estado i de los individuos, campea sola donde debe hacerse oír únicamente el lenguaje de la razon i del convencimiento. Igualmente a propósito para mover los afectos, tiene sola el poder de desatar el nudo de los grandes acontecimientos. ¡Qué diferencia entre el poeta que compone sus estrofas en el retiro de su gabinete i el orador que hace tronar su voz en medio de la asamblea del pueblo en defensa de los intereses nacionales; o en el palacio de justicia, vindicando el honor, la vida, los mas caros intereses del hombre! . . .”

Antes de emitir algunas ideas acerca de la cuestion contenida en los pasajes que os acabo de notar, permitid que me detenga un momento delante del jóven que habia hecho de ella el tema de su primer ensayo. Ese discurso es el programa, es la profesion de fé literaria del que lo pronunciaba. Pocos literatos habran tenido como García Reyes, ocasion de manifestar de un modo dogmático, al comenzar su carrera, los principios que habian de guiarle durante toda ella. Esa particularidad ha podido verificarse, porque, sin saberlo, aconsejaba a los otros que procurasen llegar a ser lo que él mismo era. García Reyes, que con tanto entusiasmo proponia a sus jóvenes discípulos la oratoria, como el término a que debian dirigir el objeto de sus estudios, habia recibido del cielo las principales dotes que constituyen el orador.

Antes de todo poseia esa honradez de carácter que segun los retóricos antiguos debia ser la primera calidad de todo el que quisiera ejercer sobre sus semejantes el influjo de la palabra: *orator est vir bonus dicendi peritus*. No tenia doblez; era severo de principios; conocíase que casi siempre obedecía a la voz de sus convicciones; i aunque he estado mui distante de participar de todas sus opiniones, yo cometeria una injusticia, de que no quiero hacerme reo, si le negara en este momento la sinceridad.

La naturaleza le habia dado un ancho pecho, porque habia colocado en él un gran corazón. Así sucedia que sus amigos, sus correligionarios políticos, el público comunemente dispuesto a consultar la opinion de los hombres convencidos, le concedian con frecuencia una atencion benévola. Pero García Reyes era sobre todo, ardiente, apasionado i sensible; naciendo de aqui, del temple de su carácter i de su alma, que le acalorase

toda cuestion por insignificante que fuese.— Ya tomara parte en los ruidosos debates de las Cámaras, o en la humilde controversia de una conversacion privada, ya hiciera valer los derechos de los clientes en el recinto tranquilo de un tribunal o discutiera en este lugar las atribuciones de un visitador de escuelas, siempre se manifestaba ajitado i apasionado.—Sin que hubiera la menor afectacion de su parte, dejaba ver en su semblante, en su exterior, la conmocion que en todos estos casos le dominaba.—Debeis recordar que tan luego como la discusion se animaba, se veia forzado, para calmar su impaciencia, mientras los otros tenian la palabra, a cubrirse la vista con la mano i a echar la cabeza hácia atras, como para respirar con mas libertad.

Pero las dos calidades a que me he referido, no habrian bastado para hacer de Garcia Reyes un orador, desde que hai muchos individuos honrados i muchos apasionados que nada tienen, sin embargo, de elocuentes. La honradez i la capacidad de ser fuertemente impresionados por las ideas, no es mas que la mitad de la elocuencia, si me es permitida esta espresion. La madre que contempla a su hijo, símbolo para ella de tantos i tan tiernos afectos; el ciudadano que recibe con entusiasmo la noticia de un acontecimiento que vá a redundar en gloria de la patria; el creyente que se estasia en la adoracion de Dios, están mui distantes de poder ser elocuentes, por la sola circunstancia de hallarse bajo el imperio de un sentimiento que arrabata sus ánimos. La conmocion causada por una idea noble es ciertamente la fuente de la elocuencia; pero para que esta se produzca, es indispensable que la fuente corra. La espresion viva i colorida de nuestras emociones por medio del jesto i de la palabra; la trasmision simpática a nuestros semejantes de los sentimientos que experimentamos, es lo que constituye verdaderamente la elocuencia. La mayoría de los seres humanos sienten; pero es reducido el número de los que tienen el don de comunicar a los demas su alegría o su dolor, su amor o su odio, su entusiasmo o su desesperacion.

Mas Garcia Reyes era uno de esos seres privilegiados: tenia una figura arrogante que atraia las miradas en medio de un numeroso concurso; una voz sonora i acentuada, que es el mejor instrumento para llevar la conmocion al alma de los otros; un estilo varonil i realzado por una multitud de imágenes algo orientales, que dando, por decirlo asi, cuerpo a las ideas, las hacen evidentes a un auditorio, i que segun las palabras de un maestro del arte, necesitan ser desplegadas desde lo alto de una tribuna, apoyadas i como demostradas con el jesto. Era orador naturalmente i sin esfuerzo; i se mostraba tal en sus producciones de toda clase. Discursos eran sus obras literarias; discursos sus escritos forenses, i discursos sus conversaciones privadas. Por las tendencias de su talento siempre parecia creerse hablando desde una tribuna; i esta circunstancia hacia tambien que sus alegatos fuesen de ordinario brillantes, seductores i diferentes de las secas disertaciones que jeneralmente se leen o se pronuncian en los estrados de nuestros tribunales. Recuerdo que en una causa, en que se vertilaba la validez de un remate, Garcia Reyes, ántes de dar la definicion jurídica de este acto, arrastrado por la impetuosidad de su carácter, no pudo ménos de dar una puramente oratoria, a fin de deducir consecuencias de simples racionios.—Qué es un remate? preguntaba; “un remate no es otra cosa que cuatro palabras balbucidas por la boca del verdugo al redoble de un tambor”. Rasgos de esta especie eran los que adornaban sus escritos i defensas, los cuales, aun cuando no llevaran su firma al pié, eran siempre reconocidos a causa del estilo que los caracterizaba.

Esa inclinacion injénita a la oratoria era la que le hacia sentirse incomodado al escuchar los trabajos desaliñados que suelen presentarse en nuestro foro. Cuando un año ántes de su prematuro i sensible fallecimiento, se incorporó como miembro en la Facultad de ciencias legales de esta Universidad, habló en su discurso de recepcion con cierta amargura de que los abogados se contentasen con debatir friamente cuestiones interesantes; de que solo de tarde en tarde viniese a romper el silencio la voz grave de algun

profesor; de que se disipasen en breve las esperanzas que hacian concebir talentos que descuellan en las aulas, pero que en seguida son arrebatados por el torbellino de la política o contaminados i contajados por la pereza. Estas protestas contra lo poco que cultivan la oratoria los abogados nacionales, proferidas en el ocaso de su vida, contenian en términos diferentes los mismos conceptos que García Reyes habia consignado en su discurso a los alumnos del Instituto al principiar su carrera.

Alas condiciones enumeradas de capacidad i de carácter que le permitian a García Reyes ser orador sin violencia en todos los momentos, se unia otra que, aunque accesoría, no dejaba de contribuir a darle el aplomo i solidez que tanto aprovechan al hombre que se ve llamado a dirigir la opinion. Hai individuos cuyas creencias están en oposicion con las creencias de la sociedad donde viven, i que sicudo los primeros en percibir ese antagonismo, en virtud de su misma penetracion, abrigan el desconsolador convencimiento de que sus ideas no han de encontrar apoyo, ni eco entre sus contemporáneos. Son individuos que han nacido medio siglo, talvez un siglo, señores, ántes de la época en que podrian ser comprendidos; pero que al mismo tiempo no son bastante fervorosos, bastante fanáticos, si lo quereis, para sacrificar su presente a la predicacion de doctrinas, cuyo triunfo no habrá de alcanzarse, sino cuando hará ya largo tiempo que ellos estén durmiendo bajo la loza de un sepúlcro. Las personas de esta clase son comunes en las sociedades nuevas como la nuestra, donde la multitud se halla atrasada, subyugada por torpes preocupaciones, i donde hai tambien capacidades que llegan a poseer la ciencia en el mismo grado que los pensadores europeos. La oposicion que existe entre la razon i la esperiencia de esos individuos los condena a la debilidad i a la inaccion.

García Reyes no entraba en la pálida categoria de las personas de que hablo, porque si no era uno de esos gastadores del progreso, que se adelantan muchos años a su época, no era tampoco uno de esos rezagados de la civilizacion que forman el cortejo fúnebro de las ideas añejas. Marchaba, empleando términos de milicia, con el cuerpo de la nacion, pero en la vanguardia. Esta posicion favorable le permitía manifestar siempre con entera franqueza sus opiniones, que no eran nunca demasiado avanzadas para parecer utópicas, ni excesivamente conservadoras para parecer retrógradas. Así su palabra encontraba de ordinario eco en la mayoría ilustrada, puesto que no chocaba de un modo rudo con las convicciones de la juventud, ni inspiraba temores a los que se asustan con la aparicion de una idea nueva. Esta armonia entre la naturaleza de sus creencias i la de aquellas que dominaban a la sociedad en que vivia, daba a García Reyes una confianza en sí mismo, que a la par de hacer resaltar sus talentos oratorios, le animaba a hablar con la seguridad que inspira la conciencia de que nuestra voz va a despertar sentimientos amigos en el corazon de los demas.

Como si García Reyes hubiera querido dar a los consejos que dirijia a sus discípulos la autoridad del ejemplo, a los pocos meses de haber pronunciado su discurso en la distribucion de premios, cimentaba sólidamente en la Cámara de Diputados su reputacion de orador, defendiéndolo calorosamente la libertad de la prensa, esa tribuna popular donde deben discutirse los intereses de todos, i que ha reemplazado con ventaja en los tiempos modernos, la tribuna levantada por los antiguos en la plaza pública. Semejante conducta era lójica. Aquel que habia demostrado que la oratoria era un elemento necesario en la vida de un pueblo libre, estaba llamado a atacar la lei que ponía en manos de la autoridad una mordaza para hacer enmudecer la espresion del pensamiento. En esa discusion García Reyes no solo fué consecuente con sus antecedentes, sino que se mostró tambien hábil i elocuente, pues manifestó la prueba que sabia practicar los preceptos que en el colejio enseñaba a los jóvenes.

Sin embargo, el discurso pronunciado por García en la distribucion de premios del 1.º de abril de 1845 no mereció la aprobacion de muchos de aquellos cuyos votos ha-

bia tratado de obtener. Las ideas contenidas en esa pieza, debian, si eran aceptadas, dar una nueva direccion a nuestra naciente literatura, i bien sabeis, señores, que un sistema cualquiera no puede ser reemplazado por otro, sin que necesariamente se levanten contradictores.

Casi todos los jóvenes escritores de entónces, como el mismo Garcia lo hacia notar, se dedicaban al cultivo de la poesia: pero aunque entre las composiciones que daban a luz, hubiera muchas notables por su mérito literario, tenian jeneralmente por tema asuntos individuales, como los gozes o las penas del amor, las angustias de la duda, las satisfacciones de la fé i de la esperanza, las impresiones que causa en el alma la contemplacion de la naturaleza. Ninguno de esos vates pulsaba la lira como Tirteo en la Grecia, como Beranger en la Francia, como tantos otros en todos los tiempos i en todos los lugares, para tomar por argumento de sus cantos algunas de esas materias que pueden influir sobre la marcha mas o ménos próspera, mas o ménos rápida de las sociedades. El amor a la patria los inspiraba a menudo, pero siempre bajo el punto de vista individual; i si tenian aplausos para las hazañas de los héroes i gratitud para los servicios de los filántropos, todo esto no era mas que un entusiasmo vago, cuyo objeto no se especificaba con la suficiente claridad. Ninguna de sus producciones era de aquellas que hacen servir el sentimiento o la imaginacion al triunfo de un sistema político, social o relijioso.

Garcia Reyes pretendia, pues, que algunos de esos jóvenes talentos se hicieran mas militantes, poniendo su intelijencia al servicio de los grandes intereses de la República. Era eso lo que les proponia, cuando les indicaba que se consagraran ménos a la poesia contemplativa o individual, i mas a la oratoria, cuya musa admite por homenaje solo los trabajos ejecutados en provecho de la humanidad.

Pero, como era de esperarse, muchos recibieron sus indicaciones como puros preceptos de retórica, indignos de ser espuestos con seriedad, e imposibles, no ménos, de ser practicados. En apoyo de la objeccion predicaron la doctrina de la fatalidad literaria, i sostuvieron, poco mas o ménos, que cada escritor era lo que Dios habia determinado que fuese. La vocacion que cada uno traia al venir al mundo no podia ser contrariada; i cada poeta, cada orador, exijia como cada profeta una creacion especial de la divinidad. Asi era un absurdo que un profesor aconsejase a sus discipulos que se dedicasen a la oratoria con preferencia a la poesia, desde que los oradores, como los poetas, nacen pero no se crean.

Entiendo que no se necesitan grandes esfuerzos para refutar una teoria tan exajerada como la que acabo de esponer. Sin duda que todo individuo, para ser orador o poeta, necesita poseer cierta disposicion, haber recibido cierto don especial, cierto favor del cielo. Un tartamudo no podria ser orador, como no podria serlo tampoco un hombre de intelijencia estrecha, de corazon seco o movido por sentimientos innobles. Pero esa no es la cuestion. Los contradictores de Garcia Reyes, los partidarios de la fatalidad literaria, parece que creyesen que basta la vocacion natural para formar el orador, i que es suficiente que un individuo tenga cierta predisposicion, para que sin ningun cultivo pueda mover a sus oyentes; en una palabra, que la capacidad es todo, i el estudio poco o nada. Si esta no era su opinion, ¿a qué se reducía su crítica contra el discurso tan razonable i oportuno de mi ilustre antecesor?

Garcia Reyes no pretendia que cualquier individuo pudiese llegar a ser un orador distinguido.—Considerando que el estudio es la primera condicion del desarrollo de toda facultad, llamaba la atencion de los jóvenes capaces a la oratoria, para que por la contraccion llegasen a saber conmovier con la palabra, como alguno de sus compañeros habian llegado a ser poetas por la misma contraccion. Si estos últimos hubieran desdefiado dar esa direccion a su intelijencia, ¿habrian pensado siquiera en producir un ver-

so? Entre estas dos formas literarias, la poesía especulativa, tal como se cultivaba en Chile, i la oratoria, García Reyes estimaba, a mi juicio; con razon, como mas provechosa la segunda para la patria i la humanidad. Para oponerse a la verdad de esta idea, que me hago un honor de repetir en este lugar, sería preciso sostener, como algunos lo dicen, que la elocuencia es un don puramente natural, que no ha menester del estudio para su desarrollo. Pero esta doctrina es falsa. Por el contrario, creo que la elocuencia, aunque hija de una capacidad especial de ciertos individuos, es al mismo tiempo el fruto razonado del estudio i de la ciencia. ¿Por qué los grandes oradores han sido al mismo tiempo notables por su aplicacion i eminentes por su saber?

Para obrar como el poeta latino, *ab Jove principium*, podria citar ántes de todos el ejemplo clásico de Demóstenes, llegado a ser un portentoso prodijio en la oratoria a despecho de la naturaleza i en fuerza solo de la constancia i de la enerjia de su voluntad.—Sabeis que Ciceron, el maestro de la palabra por excelencia, exijia que el orador lo supiese todo, a fin de que pudiera hablar sobre todo.—Guillermo Pitt, el gran orador ingles, no era inferior bajo este aspecto a los dos jénios de la antigüedad que acabo de recordar. “No hai casi un solo escritor griego o latino, dice su preceptor citado por Villemain, que no hayamos leído juntos desde el principio al fin; estudiaba con cuidado los diferentes estilos de los oradores, i tenia el sentimiento mas vivo i delicado de sus bellezas características. La rapidez de su intelijencia no impedía su exacta i minuciosa aplicacion. Cuando estaba solo, consumia horas enteras sobre las pájinas notables de un orador o de un historiador; estudiaba el jiro, las espresiones, la manera de disponer la relacion i de esplicar los motivos secretos o manifiestos de las acciones; algunas pájinas le ocupaban toda una mañana. Su ocupacion favorita era comparar los discursos o puestos sobre una misma materia, i examinar el modo como cada orador habia defendido su causa, i prevenia o rechazaba las objeciones de su adversario. Los autores que preferia eran Tito Livio, Tucídides i Salustio. Tenia tambien la costumbre de apuntar todos los pensamientos elocuentes, todas las espresiones fuertes i enerjicas que encontraba en su lectura. Habia estudiado mucho los poetas griegos i romanos; era sobre todo tan curioso para leer especialmente los primeros, que, a solicitud suya, lei con él al mas oscuro i ménos interesante de todos, Lycophron. Mirabeau, que alcanzó a ser por la influencia de su palabra el alma de una majestuosa revolucion que puso espanto al mundo, decia de sí mismo, que estaba hambriento de conocimientos de toda especie.”

Estos casos de laboriosidad estudiosa, que podrian ser tantos, cuanto son los oradores notables que ha habido, prueban que el talento de la palabra es en gran parte el resultado del estudio; i los ejemplos tan citados de ciertos discursos, realmente conmovedores, pronuciados por los salvajes de la América, son escepciones que no tienen la importancia que se pretenderia darles. Ellos son gritos, desahogos del alma, que estallan en las circunstancias solemnes de la vida, en las cuales es difícil dejar de transmitir a los otros las emociones que experimentamos. La elocuencia de los hombres civilizados, lo que se llama oratoria política, es una cosa mui diferente de esas esplosiones de tristeza, de alegría o de entusiasmo, cuyo alcance nace mas bien de lo interesante o de lo patético de una situacion, que del talento humano. ¿Cómo no sería elocuente un jefe de tribu, que pide con fervorosos ruegos i tristes súplicas a los blancos no el arrojen del territorio, que es sagrado para él, porque contiene los sepúleros de sus padres? Los objetos materiales pueden tambien ser elocuentes de esa manera. La contemplacion de una ruina, de un monumento, de un campo de batalla hiere i arrebata profundamente el corazón. El silencio mismo puede tener algunas veces una elocuencia análoga.

La elocuencia política no puede nacer sino por el estudio largo i sostenido; pero el cultivo intelectual no es la única condicion de su desarrollo. A esa primera condicion interna, debe agregarse otra que llamaré eterna. El orador necesita ideas que espresar

i teatro donde emítirlas. ¿Qué lugar habria para un orador en un pais donde no hubie-
ra ni foro, ni cámaras, ni asociaciones de ninguna especie? ¿Qué orador ha habido en
Rusia? ¿Qué orador hace sentir su voz en la Francia actual, esa rejion que poco hace
era la patria de tantos hombres eminentes, i que habia alzado una tribuna que tenia por
auditorio casi el mundo entero? La oratoria para florecer necesita de la libertad, como
el individuo del aire para respirar. La elocuencia no existe nunca en un pueblo de esclavos; i Garcia Reyes olvidó hacer referencia en su discurso a esta segunda condicion. Si se desea que se formen oradores, no basta aconsejar a los jóvenes el estudio, es preciso prevenirles ademas que deben trabajar por alcanzar la realidad de las instituciones liberales. Bajo este aspecto la libertad es tambien una regla de retórica; la libertad, señores, que cuenta tantos mártires como una relijion, que nos es mas querida que la patria, i en defensa de la cual se marcha muchas veces a la muerte con la misma alegría que una fiesta!

Vivimos en una de esas épocas de reaccion que de periodo en periodo vienen a detener los adelantamientos de la sociedad. El despotismo tiene actualmente en el mundo civilizado sus adoradores, sus entusiastas apolojistas; pero digan lo que quieran todos ellos, el despotismo no ha producido nunca nada que pueda merecerle el reconocimiento de los hombres. Veo en la historia que el despotismo ha tenido recursos para construir con el sudor i la sangre de los pueblos, un acueducto, un palacio, una pirámide; pero nunca ha tenido como la libertad fuerzas para fundar una nacion grande i próspera. Atenas vale mas que las pirámides de Ejipto: la Holanda mas que el palacio de Walstein o el Escorial de Felipe II; la Inglaterra mas que todos los arsenales de Rusia. I, para volver a mi materia, la oratoria, esa literatura de las grandes inteligencias, de los corazones nobles, de los pueblos libres; esa literatura militante, órgano de todos los pensamientos grandiosos, de todas las cuestiones que de cerca o de léjos se refieren al progreso de la humanidad, vale infinitamente mas que esa literatura estéril, espresion del servilismo o de la adulacion, inventada para entonar los himnos de la divinizacion de un déspota, literatura cuyas bellezas consisten en la combinacion de las palabras i no en la elevacion de las ideas.

Así, señores, he creído que el homenaje que podia tributar a mi malogrado antecesor, al venir a ocupar la plaza vacante por su temprana muerte, era repetir los votos que él espresó en diversas ocasiones para que la oratoria se cultivase en Chile con el esmero debido.

A este motivo, que podré llamar de pública utilidad, se ha añadido otro que es relativo al carácter personal de Garcia Reyes. Habria podido hablaros de su talento de historiador, manifestado particularmente en la *Memoria sobre la primera escuadra nacional*, que presentó en la sesion solemne tenida por la Universidad el año de 1846; de sus trabajos solícitos i empeñosos para la reunion de los documentos i datos referentes a ella, que una desidia culpable puede hacer perder sin indemnizacion; de la manera como apreciaba la marcha de los sucesos de Chile i el mérito de los personajes que influyeron en ellos, materia a cuya dilucidacion habia consagrado numerosas investigaciones i largas vijilias; pero he creído que Garcia Reyes era orador ántes que todo, i que la habilidad en el manejo de la palabra era el razgo distintivo i peculiar de su jénio.

Confieso tambien que le presto este homenaje con gusto i que pronuncio su nombre con dolor. Discípulo de él a la edad en que cobramos por el maestro el mas delicado afecto, conservo por su memoria la veneracion debida. Aun recuerdo con emocion sus palabras, sus consejos; i aun tengo vivo el eco de su voz, cuando en la capilla del antiguo Instituto i con un encanto que le arrobaba, nos leia ya las atrevidas catilinarias de Ciceron, ya las melodiosas estrofas de Moratin o de Quintana. En aquel pequeño

tentro parecia que se alistaba para la lucha de mas tarde; que se vigorizaba i tomaba aliento.

¿Cómo no quereis entónces, señores, que al tomar el asiento del maestro, del que fué tambien amigo, i al encomiaros su talento, del que tan frescos testimonios teneis, no me sobrecoja una natural turbacion, puesto que para merecer este honroso puesto no tengo otros títulos que la benevolencia de vuestros sufragios?

Discurso pronunciado por don JOAQUIN BLEST GANA, en el acto de su incorporacion en la Facultad de Filosofia i Humanidades de la Universidad de Chile.

Señores:

Llamados por la induljencia de vuestros sufragios a ocupar un lugar entre vosotros, bien se que para tan honrosa distincion antes fué parte vuestra bondadosa benevolencia que los mezquinos títulos que pudieran asistirme, i al espresaros el íntimo voto de mi gratitud, debo tambien manifestaros que aceptando el puesto que os habeis dignado señalarme, harto conozco que él es para el poderoso estímulo de futuros esfuerzos, no la recompensa de presentes merecimientos.

Entre los diversos temas que habria podido ofrecer a vuestra atencion he preferido dedicar estas palabras a la memoria de un esclarecido ingenio, a bosquejar una figura literaria que dominando en majestuosa actitud el cuadro de nuestra literatura, en la época de la emancipacion, es tambien una de las fisonomias mas interesantes de nuestra galeria histórica. Quiero hablaros de un hombre que en aquellos tiempos de encarnizada lucha i abincados combates, supo tambien luchar i combatir, bien que la prensa fuera su palenque, la pluma su arma de destruccion; crónicos, vetustos errores, los poderosos enemigos con quienes tuvo que habérselas. Quiero hablaros de un hombre que vestido de una modesta sotana, manso de temple, apocado de brios físicos vino a convertirse en inspirado apóstol de una nueva propaganda; en robusto campeón de una nueva causa; en audaz revelador de un nuevo credo, que adivinado por el jénio fortificado en los libros, sistemado en la meditacion, iba a socabar el edificio de tres siglos i a servir de lema a la gloriosa bandera que prohibió la victoria en Maipo i Chacabuco. Quiero hablaros de Camilo Henriquez; porque su nombre es la representacion mas avanzada de nuestro desarrollo intelectual en los oscuros tiempos de nuestros padres: porque pertenece a la privilegiada categoria de esos individuos que logran hacerse los tipos característicos en que la posteridad estudia esas épocas de transicion que elevan tantos hombres a desmesurada altura para verlos desvanecerse luego con la efervescencia que los produce.

El primer atleta del periodismo chileno, es tambien el primero que derribando los